

La destacada escritora argentina radicada en Berlín recibirá este jueves el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso, que otorga la Universidad de Talca. Un reconocimiento a su impecable y a la vez promisorio obra narrativa, traducida a más de veinticinco idiomas y que, hasta ahora, suma tres volúmenes de cuentos y las novelas Distancia de rescate y Kentukis.

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATORANA

"Clarice Lispector decía: 'La palabra es mi dominio sobre el mundo'. [La entiendo tanto]... Escribo por lo torpe que me siento en la oralidad. En una charla, el lenguaje siempre me hace trampa, soy confusa, me pierdo, no cierro mis ideas. Pero cuando pongo mis palabras por escrito, todo se ordena. Escribir me ayuda a pensar", dice —escribe— Samanta Schwebelin (Buenos Aires, 1978) desde Berlín, donde reside hace casi diez años. Así explica por qué eligió responder esta entrevista por correo electrónico y no a través de la pantalla, como nos acostumbró la pandemia.

Y se refiere, en primer lugar, al significado que tiene para ella el Premio Iberoamericano José Donoso, que recibirá este jueves, en el Campus Liracy de la Universidad de Talca. En la tarde, en tanto, presentará en la sede de Santiago su libro de cuentos Siete casas vacías, que llega a Chile junto a la edición ilustrada (por Diana Rolando) del relato más largo y más "desafiante" del volumen, La respiración cavernaria, ambos publicados por Páginas de Espuma.

"Me emociona, y es un gran honor para mí aceptar este premio sobre todo si pienso en los que me antecedieron, en la propia figura de José Donoso y la tradición literaria del país que me lo da. Aunque también es inquietante, debo confesar. Es la primera vez que me entregan un premio a la trayectoria, y con los 45 años que acabo de cumplir, este premio tiene un peso simbólico en el que creo que todavía me cuesta pensar. Ha sido una absoluta sorpresa".

—¿La ha hecho reflexionar sobre su trabajo? ¿Recuerda cómo se convirtió escritora? —Recuerdo esta pulsión por contar historias desde que tengo memoria, es algo que siempre estuvo ahí. Cuando aún no sabía escribir le dictaba historias a mi mamá, que las escribía para mí en cuadernos, y supongo que ya me atraía también el concepto de libro, porque con cinco o seis años le indicaba a mi madre dónde debía poner espacios blancos porque el texto necesitaba un dibujo, o comenzaba un capítulo nuevo. Supongo que era algo que me divertía construir con ella. Escribí mis primeros intentos de cuentos a los diez años de mis 12 años, y luego a mis 17 años a asistir a talleres literarios. Siempre me parecerá un privilegio haber tenido la oportunidad de esta hermosa tradición que Chile y Argentina comparten, la de los talleres en las casas de los escritores, en la que es posible entrar al mundo literario siendo tan joven y de una manera tan intensa.

"Mi gran maestra fue Liliana Heker —agrega—, fui a su taller casi tres años, y muchacho lo que enseñó lo aprendí ahí, o empecé a pensarlo en esos años".

—En sus cuentos y novelas suele estar la amenaza —interna o externa— a un orden o estabilidad. ¿Por qué le interesa la indagación del miedo como recurso literario? —La literatura es la manera más práctica que conozco de enfrentarme a mis monstruos y mis miedos. De preguntarme, ¿podría sobrevivir a algo como esto o aquello? ¿Sería capaz de? ¿Cuánto aguantaría si? Como decía Federico García Lorca, todos tenemos curiosidad por saber qué podría hacernos daño, y el ejercicio de la ficción, tanto cuando leo como cuando escribo, me parece la más espectacular de todas las tecnologías que tenemos. Hay otra herramienta que nos permite recorrer de una manera tan física y cercana nuestros peores miedos, y volver a la realidad iliosos y con semejante información vital?

—¿Cuáles son, en ese sentido, sus deudas con la tradición rioplatense de lo fantástico, donde sobresalen autores tan contundentes como Borges, Cortázar y Bioy Casares? —La primera gran deuda es con el género. Adoro el cuento, me formé leyendo y con devoción, y sigo pensando muchas de mis ideas en este formato. Y el fantástico rioplatense es un género muy específico, a veces cuesta incluirlo; explico sobre todo fuera de Latinoamérica, o se habla de lo extraño, pero los lectores piensan en seguida en géneros mucho más fantasiosos. Lo que a mí me fascina en cambio es el gran peso de su posibilidad, de su mirada sobre todo lo que es extraño, o poco conocido, o poco absolutamente factible de suceder. El cuento de lo extraño es una de las características más fuertes de esta tradición, y posiblemente la atmósfera de la que me enamora como lectora, y a la distancia me encantaría llegar cada vez que escribo una nueva historia.

—¿Cómo fue su paso a la novela? —No pienso en géneros en el momento de la escritura. Para mí este tipo de cosas son el resultado de lo que sea que una historia haya necesitado para desplegarse, son etiquetas que descubro al final y que siento que nunca definen mi trabajo del todo. Casi toda la literatura contemporánea que más me gusta leer se mueve en los límites de estos territorios; es en los márgenes, en las ampliaciones de estas fronteras donde siempre descubro las cosas más interesantes.

—Adelantarse a los peligros que corren los hijos —es por que tarde o temprano sucederá algo terrible—, escribe Samanta Schwebelin en Distancia de rescate, novela que fue adaptada al cine por Claudia Llosa. En ella da la impresión de que siempre son las madres las que transmiten esos miedos. "Las madres, o los padres, o los abuelos, o los hermanos, o quien sea que esté a cargo del cuidado de los chicos —señala—. Me interesa esta suerte de primera tragedia griega en la que todos hemos estado, que es el cuidado que nos profesan nuestras familias. Me pregunto si habrá una manera de seguir y proteger a los que más queremos, sin hacer el ejercicio de predecir constantemente, como nosquiénas pesimistas, múltiples escenarios de desastres y accidentes. Nuestros miedos, prejuicios y mandatos, nos cuidan y protegen tanto como nos limitan y nos lastiman. ¿Se puede cuidar a alguien, formarlo para la vida, sin deformarlo? Creo que la novela fue el resultado de llevar esa pregunta al límite.

—¿Pienso que las mujeres tienen ventaja para abordar ese tema? —El gran ejercicio de la ficción es el de ponerse en los zapatos de otro, no creo que haya temas específicos para ningún género. Podría haber intereses, o maneras nuevas de pensar o explicar las cosas. Es interesante reflexionar sobre qué nos pasa, como sociedad, con los temas ya gastados de tanto que hemos leído y escrito sobre ellos desde múltiples géneros y puntos de vista, versus los que todavía nos son nuevos, o incluso tabú, como es la maternidad. La maternidad, y muchas decisiones atadas a ella, sigue siendo un tema extremadamente polémico y político.



ENTREVISTA | Autora de tradición rioplatense

Samanta Schwebelin: "Las mujeres nos merecemos los espacios por los que hemos trabajado"

teresa CÁRDENAS MATORANA

teresa CÁRDENAS MATORANA

Recuerdo esta pulsión por contar historias desde que tengo memoria, es algo que siempre estuvo ahí".

Adoro el cuento, me formé leyendo con devoción, y sigo pensando muchas de mis ideas en este formato".

La literatura es la manera más práctica que conozco de enfrentarme a mis monstruos y mis miedos".

Soy una argentina con apellido alsaciano que vive en Alemania con pasaporte italiano y pareja noruega".

—Fue curioso, en Alemania se publicó justo un mes después de que empezara la pandemia, se leyó en ese código y fue un gran éxito. No había sido consciente de hasta qué punto la novela replica ese entorno cerrado de casas para adentro. Todo sucede en living y habitaciones de veinticinco ciudades alrededor del mundo, y solo vemos el exterior mediante las cámaras de unos pocos kentukis que logran escapar. Por supuesto, nunca se me hubiera ocurrido que dos años después de publicado vendría una pandemia y la historia ofrecerá esta otra lectura. Supongo que funciona porque la soledad de todos estos personajes ya estaba ahí antes de que comenzara la crisis, y tras la crisis se ha acrecentado.

—Distancia de rescate transcurre en una localidad rural que la autora no identifica pero que es muy acotada, Kentukis, en cambio, se desarrolla en distintos lugares del mundo. ¿Por eso muchos autores decimos que con cada libro nuevo o hay que volver a aprender a escribir. Porque las reglas, el ritmo, los elementos y hasta el estilo que una historia necesita podrían ser completamente distintos de libro a libro? —afirma respecto de los desafíos que enfrenta con una y otra novela.

—En "Kentukis" hay una referencia irónica al hombre "artista", a su ego y al lugar subterráneo de la mujer. ¿Es un tema que le ha tocado ver con frecuencia?

—Con frecuencia y con naturalidad. Crecí en una desigualdad que yo tenía tan naturalizada que hasta me costaba registrar. Tengo decenas de anécdotas que podría contar alrededor de este tema. Nunca sentí que me limitara, pero solo porque siempre he sido una suerteada, y porque nunca me he tomado estas cosas a manera personal. Pero la desigualdad era fuerte. Cuando publiqué mi primer libro (El núcleo del disturbio), un crítico literario argentino dijo que era "tan bueno que parecía escrito por un hombre". Yo tenía 22 años, y hasta me sentí halagada por su felicitación. De hecho, creo que lo dijo con la mejor de las intenciones. Pero por supuesto que hay algo muy injusto, equivocado y sobre todo poco inteligente en un comentario semejante, que hoy nos parecería inaceptable.

Este verano europeo, Samanta Schwebelin cumplirá diez años en Alemania. "Sé que es muy poco romántico lo que voy a decir, pero es parte de la realidad con la que lidiamo la gran mayoría de los escritores y escritoras latinoamericanas. Yo no me quedé en Berlín porque era una ciudad llena de parques y museos, pluricultural y abierta. Me quedé porque para ganarme el dinero para vivir cada mes, solo tenía que trabajar la mitad de la semana. El tiempo libre es carísimo, y es materia prima para para un escritor, y nuestros países prácticamente no tienen ningún tipo de ayudas ni incentivos para esto".

—Reconoce, sin embargo, que después de un año instalada fuera de Buenos Aires, "me di cuenta de que esa distancia me hacía bien. Me ayudaba a pensar y me daba espacio mental de escritura. Y parece raro, pero estar fuera de mí mismo me acercó al resto de Latinoamérica, y esto fue importante también. En Berlín la gran mayoría de mis amigos son latinoamericanos, y esto cruzó lenguajes, pensamientos, lecturas, fue una explosión divina de información que no me hubiera esperado, y que sigue pareciéndome riquísima".

—La distancia, además, le ha permitido reafirmar su "argentinidad". "Antes me daba miedo, miedo de alejarme de mis lectores, o que mi español les resultara extraño, o que yo misma dejara de entender el mundo sobre el que sigo escribiendo. Pero yo soy argentina, y mientras más tiempo paso en Berlín, más argentina me siento. Es una argentina distinta, pero es la mía, es mi español raro que habla un poco de las ciudades en las que viví y los amigos que tengo. Soy una argentina con apellido alsaciano que vive en Alemania con pasaporte italiano y pareja noruega. Si no me entregó a estas circunstancias, es que no me animo a todo eso tan extraño e incómodo que luego me gusta tanto cuando lo encuentro en la literatura."

—Se siente parte de esta nueva generación de escritoras latinoamericanas? —Claro que me reconozco entre ellas, y es un orgullo andar con semejantes compañías. Hay mucha afinidad literaria; en general me parece que se está produciendo una literatura de muchísima calidad y autenticidad, que en su conjunto está renovando los años latinoamericanos de una manera generosa y profunda. Pero la afinidad que más me llama la atención, y me enorgullece, es la que tenemos como comunidad. El diálogo nunca se corta, y no me refiero solo a las mujeres. Si los escritores, que son la avanzada del lenguaje, no pueden estar a la altura, entonces, como diría Juan Luis Martínez, "de esta vida al fin, habrá perdido toda esperanza".

—Al concluir, Samanta Schwebelin comparte un aprendizaje que va más allá de la literatura: "Una cosa hermosa que me enseñó esta generación de escritoras, sobre todo mis amigas más cercanas, es a asumir algo que antes era absolutamente inaceptable para mí: que era bueno lo que hacía, y que me merecía las buenas noticias. Yo estaba hundida en la negación, o en la vergüenza de ser buena. Las cosas me pasaban porque tenía mucha suerte, porque justo se había creado un espacio favorable, porque había un mercado a favor, porque este otro escritor no llegó a presentarse... Lo cuento siempre que puedo, por si esta idea de que las mujeres nos merecemos los espacios por los que hemos estado trabajando, fuera algo que todavía hiciera falta contagiar."

teresa CÁRDENAS MATORANA